

# La dictadura de los profesionales

IVAN ILLICH

UNA de las formas de dar por concluida una época consiste en ponerle un nombre. Propondría para los años de mediados del siglo XX la etiqueta de "edad de las profesiones paralizantes". Pero esa edad, cuando la gente tenía problemas, los expertos poseían soluciones para casi todo y los científicos medían lo mismo los talentos que las necesidades, esa edad dominada por los cuerpos profesionales ha pasado a la Historia, como pasó también la edad del despilfarro energético. Las ideas que posibilitaron una y otra edad y que hacían tolerable una vida en estado de perpetua clientela, demuestran ahora su falsedad: para sobrevivir habrán de transformarse en dogmas políticos obligatorios. De otro modo serán pronto recordados como efímeras locuras. Ha llegado la hora de hacer balance y determinar quiénes han ganado a la postre, y quiénes, perdido.

La "edad de las profesiones" será recordada como la de la sustitución de la política por la publicidad. Será evocada, además, como la edad de la escolarización, cuando la gente pasaba un tercio de sus vidas acumulando necesidades bajo receta y dedicaba el resto a cumplir las indicaciones de prestigiosos charlatanes que medraban a costa de los hábitos adquiridos por el prójimo.

Resultaría pretenciosa cualquier predicción sobre si nuestra época será recordada con una sonrisa o con una maldición. A mí personalmente me gustaría que se la recordara como la noche en que el padre se dio a la locura, dilapidó las sustancias familiares y obligó a los hijos a empezar desde cero. Pero me temo que, en su lugar, pase a la Historia como la edad en que, por ansia de una riqueza que empobrece, todas las libertades se convirtieron en enajenables y la política se transformó en un refunfuño organizado.

No creo, sin embargo, en la inevitabilidad de ese descenso al

tecnofascismo. Es posible el retorno a una política basada en la participación, mas para ello hay que comprender claramente: a) las características del dominio profesional; b) los efectos del cesaro-profesionalismo, de la pública atribución de poder a las profesiones; c) la parálisis inducida por las necesidades que esas mismas profesiones fomentan. Voy a detenerme en estos tres puntos para después pasar a describir cinco mitos que nos convierten en esclavos del régimen profesional, cinco sueños de víctimas consentientes.

Para empezar, hay que comprender que los cuerpos de especialistas que hoy gobiernan la creación, la adjudicación y la satisfacción de las necesidades constituyen un cartel de nuevo tipo. Están enraizados en la economía más profundamente que cualquier corporación: son más internacionales que cualquier sindicato y más estables que cualquier partido; gozan de un poder moral más amplio que cualquier clero y disponen de instrumentos de presión sobre sus protegidos como no los tiene siquiera la mafia.

De hecho, su capacidad monopolística de imponerte dónde hacer tus compras y de multarte si te dedicas a preparar en casa las esencias, corresponde aparentemente a la definición que dan los diccionarios americanos del gangsterismo. Pero los gangsters se limitan a controlar en beneficio propio el acceso a los bienes de primera necesidad sobre los que ejercen monopolio. Los nuevos profesionales tienen sobre eso el privilegio legal de crear necesidades que, por ley, sólo ellos son capaces de satisfacer. Este tipo de control sirve para distinguirlos de sus homónimos liberales de otras épocas, que se limitaban a atribuir una necesidad específica al cliente individual que solicitaba su ayuda.

El poder profesional es otra forma histórica de dominio del trabajador sobre su propio tra-

bajo. Pero mientras que los distintos gremios se limitaban a controlar "cómo" y "por quién" debía realizarse un trabajo, los profesionales van más lejos: determinan "qué" debe hacerse y a quién dirigir su acción. Ejercen su tutela sobre clientes a los que asimilan a menores de edad.

El profesional no se distingue del artesano ni por sus ingresos ni por su preparación, sino porque se arroga el poder de prescripción. Porque no sólo reclama lo que es bueno, sino que ordena lo que es justo; es decir, establece cuál es la necesidad del cliente. El médico, por ejemplo, se convirtió en profesional desde el momento en que, al delegar en el farmacéutico el comercio de los medicamentos, retuvo para sí el derecho a recetar.

Pero en los últimos veinticinco años, la Medicina ha dejado de ser una profesión liberal para convertirse en una profesión dominante y ha obtenido para sí el poder de dictar cuáles son las necesidades sanitarias del público en general. Los especialistas de la salud, en cuanto cuerpo profesional, se han arrogado la autoridad de determinar qué curas deben prestarse a categorías enteras de personas o incluso al conjunto de la sociedad. En suma, este nuevo tipo de profesional es un experto en necesidades públicas. Reivindica el monopolio sobre la definición de las desviaciones y los remedios que éstas requieren.

El reconocimiento público del dominio profesional es un hecho político equivalente a la instauración de una Iglesia de Estado. El poder pasa de los ciudadanos comunes y de sus representantes electivos a manos de una élite autointituida que se renueva por cooptación.

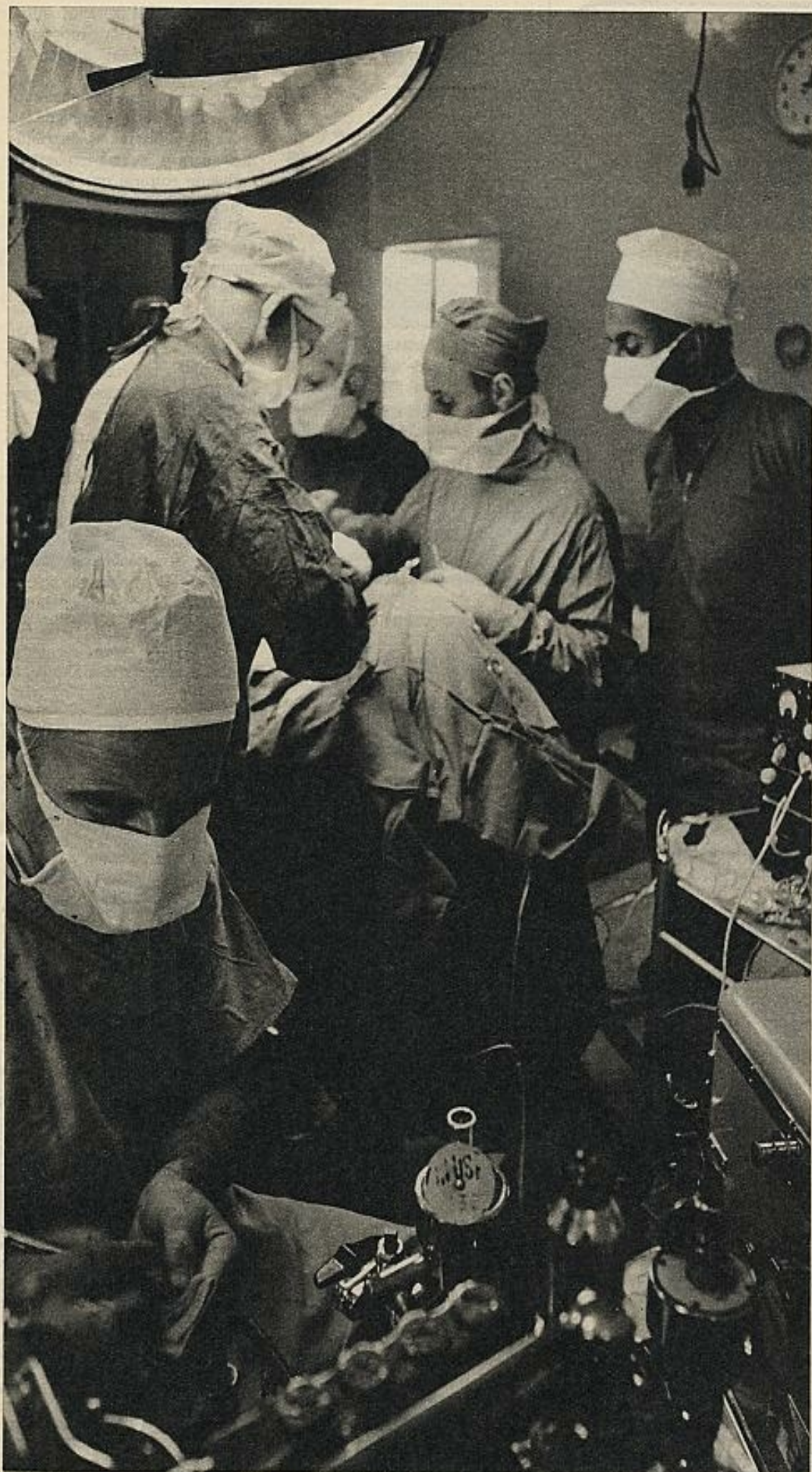
Un ejemplo lo tenemos cuando la Medicina traspasa sus límites de profesión liberal y establece en su lugar normas públicas, invade el campo legislativo. En un principio, correspondía a los médicos establecer en qué consistía la enfermedad; hoy la Medicina

decide qué enfermedades no son toleradas por la sociedad.

La Medicina ha invadido los tribunales: antes, los médicos diagnosticaban al enfermo; hoy, la Medicina, convertida en dominio, estigmatiza a quienes son curados. Los médicos de antes prescribían remedios; la Medicina actual posee un poder correccional público: decide qué hacer del y al enfermo. En una democracia, estos tres poderes —legislativo, judicial y ejecutivo— no sólo están sometidos a un control constante por parte de los ciudadanos, sino que se mantienen cuidadosamente separados. Pero las profesiones no habrían conquistado su actual posición de dominio de no haber estado la gente dispuesta a sentir como carencia lo que el experto les atribuye como necesidad. Es ése, por otra parte, un dominio que aumenta con el abuso del lenguaje. En la época en que yo aprendí a hablar no existían más "problemas" que los matemáticos o de ajedrez, las "soluciones" eran salinas o legales y "necesidad" era tan sólo un sustantivo. Expresiones como "tengo un problema" o "tengo una necesidad" habrían resultado estúpidas o cómicas. Pero aprendí a montar en bicicleta en los años en que Hitler elaboraba sus "soluciones" y se difundía el "problema social"; y entre los pobres, los "problemas" se multiplicaban a medida que los asistentes sociales aprendían a marcar sus presas y a normalizar las "necesidades".

El sustantivo "necesidad" ha contribuido a dar peso creciente a los profesionales. La pobreza se ha modernizado. Los pobres se han convertido en "necesitados de asistencia".

Luego, ya de adulto, vi cómo las necesidades subían varios peldaños de la escala social hasta el punto de adquirir respetabilidad. A partir de entonces, ser objeto de asistencia institucional dejaría de ser sinónimo de pobreza. Con el aumento de la renta se originaron nuevas series de



Los especialistas de la salud, en cuanto cuerpo profesional, se han arrojado a la autoridad de determinar qué curas deben prestarse a categorías enteras de personas e incluso al conjunto de la sociedad.

necesidades computables y atribuibles. El doctor Spock, Alex Comfort, los movimientos en pro de la "defensa del consumidor" han ayudado a los profanos a descubrir solos los problemas acuñados por sus tutores profesionales. Ignorar o poner en duda las propias necesidades se ha convertido en un imperdonable acto antisocial. Buen ciudadano es hoy quien reconoce estar tan necesitado de asistencia institucional como para reprimir en su interior cualquier deseo de alternativa, incluida la renuncia a la propia necesidad.

El dominio del especialista se refleja incluso en el perfil de la ciudad. Gigantescos edificios profesionales proyectan sus sombras sobre las masas de gente que van y vienen de un lado para otro, ansiosos por alcanzar los silos de la sanidad, de la instrucción o la asistencia. Los alojamientos sanos son asépticos apartamentos donde a uno no le dejan empero nacer, enfermar ni morir decentemente. Están en vías de extinción tanto los vecinos de antes siempre dispuestos a ayudarlo a uno como los doctores que acudían a casa del enfermo siempre que se les llamaba. Los lugares de trabajo, donde antes se aprendía el oficio, se han transformado hoy en opacos laberintos de pasillos a los que sólo tienen acceso funcionarios debidamente provistos de documentos de "identidad".

Esta creciente servidumbre respecto de una serie de necesidades creadas sería irreversible si entre los individuos y el cálculo de sus necesidades existiese una correspondencia real. Pero no ocurre así. La organización sanitaria engendra impotencia y enfermedad; la instrucción se transforma en el principal generador de una mutilante división del trabajo: los sistemas de transporte veloz convierten a las personas en pasajeros durante el 17 por 100 de las horas de vigilia.

Nuestras grandes instituciones han conquistado el poder irreal de alejar sistemáticamente a la sociedad de los fines para las que fueron concebidas y financiadas. Bajo el gobierno de las profesiones dominantes ha acabado por instalarse paradójica una contraproduktividad.

Nuestras principales instituciones gastan hoy una parte creciente de sus energías en mantener vivos cinco minutos esclavi-

# BLAUPUNKT

## Sistemas completos en sonido.



### Blaupunkt Colonia CR

- Autorradio-Cassette para FM stereo y onda media.
- Radio-cassette con avance y retroceso de cinta rápido.
- Reproducción de cassette en stereo.
- Potencia de salida 2 x 6 watos según normas DIN 45324.
- Sintonía FM por Control Automático de Frecuencia (CAF). La emisora una vez seleccionada queda sintonizada invariablemente.
- Regulador de sonido de graves y agudos, combinado.
- Expulsión automática de cinta cassette una vez finalizada, y conmutación automática a recepción de radio.
- Separación silenciada entre bandas de sintonización de emisoras.
- Oscilador especial, que evita la deficiente calidad de recepción del sonido debido a la proximidad de emisoras.
- Avance y rebobinado perfecto de cinta sin posible rotura.

Blaupunkt, escúchelo.

Blaupunkt también fabrica todos los accesorios necesarios: Antena. Altavoces. Prolongadores.

**BLAUPUNKT**  
Grupo BOSCH  
**Su compañero de viaje.**

Para más información dirigirse a Robert Bosch Comercial Española, S.A. Embajadores, 146 - Madrid-5

## La dictadura de los profesionales

zantes, cinco ilusiones que encadenan al cliente a una salvación decidida unilateralmente por el experto.

El primero de estos mitos es que nacemos consumidores y que, adquiriendo bienes y servicios, podemos llegar donde queremos. Este mito obedece a que nos han acostumbrado a no considerar la importancia que los valores de uso tienen para la economía global. Ninguno de los modelos en que se inspiran las políticas económicas nacionales contempla una variable que tenga en cuenta los valores de uso no directamente convertibles en dinero. Pero es también cierto que ninguna economía podría resistir allí donde la producción de estos valores se atrofiase por encima de un determinado umbral. Si, por ejemplo, se sindicasen las amas de casa o los asalariados pidiesen una indemnización por cada kilómetro que hacen a pie, del mismo modo en que ahora exigen un reembolso por los kilómetros que recorren en automóvil. Lo que la gente hace espontáneamente, sin intención de convertirlo en dinero, tiene para la economía el mismo valor inestimable que el oxígeno que respiramos.

La ilusión de que los modelos económicos puedan ignorar los valores de uso se deriva de la idea de que las actividades personales que se designan con verbos transitivos puedan sustituirse mediante productos institucionales indicados por sustantivos: "aprendo" se transforma así en "título de estudio", "curarse" se convierte en "asistencia sanitaria", "moverse", en "transporte". La confusión entre valores personales y valores producidos en serie se ha extendido a todos los campos. Bajo la égida del profesionalismo, los valores de uso se han disuelto, se han desnaturalizado, son algo superado.

La realidad es que sólo hasta cierto punto pueden las mercancías sustituir lo que las personas elaboran por sí y para sí mismas sin propósitos de intercambio. Cualquier bien cuya distribución resulta paralizante para el consumidor no puede sino generar frustración: se vuelve contraproducente. Existe un punto crítico

pasado el cual el servicio institucional no sólo no favorece ya la actividad personal autónoma, pero paradójicamente se convierte en principal obstáculo. Es el punto en el que la suma de los servicios y productos distribuidos degrada de tal manera el ambiente cultural que se generan inutilidades marginales. El segundo mito esclavizante es el que en toda conquista técnica encuentra un pretexto para justificar un mayor dominio profesional. La idea de que a medida de que ganan en eficacia los instrumentos, más complejos e impenetrables se vuelven por lo que exigen operadores más especializados.

Lo cierto, sin embargo, es lo opuesto. Cuanto más proliferan las técnicas y más específicas se vuelven, menor destreza exige su empleo. Ya no requieren la "confianza del cliente" en la que basaban su autonomía el profesional libre o el artesano.

El tercer mito paralizante consiste en creer que los instru-



Iván Illich, visto por Vázquez de Sola.

**C**ONFIESO que la lectura de Iván Illich me provoca siempre, o casi siempre, desasosiego. He de aceptarlo, cuando menos en parte, porque detecta a mi juicio un estado de cosas real. Pero, por otro lado, se detiene siempre en la penúltima o antepenúltima consecuencia, de manera que — pese al anti-pático tono mesiánico y profetista que adopta — el resultado es poco más que el que se obtiene tras, por ejemplo, la lectura de esos trabajos de sociología positiva en los que uno se pregunta: ¿Por qué no proseguir y traspasar el borde, meramente mental, que separa la sociología de la política? No es que Illich deje de aludir a la política. Es que la política radical no está donde él la sitúa.

El trabajo "La dictadura de los

mentos utilizables por los profanos, para resultar válidos, deben tener la garantía de controladores profesionales; que la contra-productividad no puede detenerse si no es restableciendo el equilibrio entre producción industrial (heterónoma) y producción comunitaria (autónoma); que debe ser la colectividad y no los expertos quienes dispongan soberanamente de los instrumentos de producción. Pero muchos factores de la tecnología "a la medida del hombre" piensan que el profano dispondrá de medios para competir con la sociedad industrial sólo cuando los aparatos actuales sean re proyectados en función del hombre de la calle. Y confían en la aparición del último modelo de bicicleta, del anticonceptivo ultraseguro, del molino de viento insuperable, de la parábola solar perfecta. Hipnotizados por el sueño profesional, estos "snobs" están convencidos de que los instrumentos capaces de "contestar" a las multinacionales sólo

se obtendrán a través de solemnes rituales de investigación y proyección apenas distintos de los que hoy realizan los milagros de la Dupont o la Roche.

El cuarto mito esclavizador es el que confía a los especialistas la tarea de fijar los límites del desarrollo. Habituada a la adquisición por encargo, la clientela está ahora dispuesta a la austeridad bajo receta. Las fuerzas multinacionales que a lo largo de una generación impusieron a pobres y ricos el mismo estándar internacional de escolarización, el uso de los desodorantes y del automóvil, hoy financian al Club de Roma, y la Unesco se pone a su servicio.

En cada una de las siete regiones en que la ONU ha dividido el mundo, un nuevo clero está siendo adiestrado para predicar la austeridad según los nuevos especialistas en necesidades, mientras que expertos en "concienciación" se ocupan de las comunidades locales.

El quinto mito es el flamante

"chic radical". Los profetas de los años sesenta soltaban letanías sobre el desarrollo: los nuevos predicadores exaltan las virtudes del cliente profesionalizado. Sólo en Estados Unidos han aparecido desde 1965 un total de 2.700 libros que enseñan al lector a ser su propio paciente. Algunos de estos textos proponen un curso de adiestramiento regular con examen final para que los diplomados en automedicación puedan comprar aspirina y administrársela a sus hijos. Sólo las mujeres legalmente autorizadas, leemos en otros libros, deberían poder dar a luz en casa en lugar de en el hospital. Con la automedicación, la autoeducación, la autoconstrucción, se refuerza el condicionamiento de la mayoría a la subordinación profesional.

Muchos miran, sin embargo, más allá de las "profesiones paralizantes" y de sus supermercados de bienes y servicios. Los políticos que prometen más clínicas y más aulas tienen sus días

contados. Su futuro no es más prometedor que el de aquellos de sus colegas que se obstinan todavía en festonear sus discursos con jaculatorias religiosas y clichés pseudo-marxistas. El dominio de las profesiones se ha vuelto frágil como el del clero en tiempos de Voltaire. Millares de pequeños grupos contestan el dominio profesional sin preocuparse del precio que han de pagar a cambio.

Estas minorías no ideológicas podrán transformarse en fuerza política a través de una clarificación filosófica y jurídica de aquello que no desean. Las ventajas de una austeridad voluntariamente elegida cobrarán peso político sólo cuando la libertad se anteponga a la reivindicación de "paquetes de derechos" cada vez más costosos. Lo que pueden conseguir unos hombres libres, dotados de instrumentos modernos y respetuosos con la vida, es bastante más rico que todas las culturas presentes y pasadas juntas. ■

## IVAN ILLICH: la realidad o el deseo

CARLOS CASTILLA DEL PINO

profesionales" es un ejemplo de lo que afirmo. Existe esta dictadura. Como tal, es un problema político (político lo es todo). Pero la raíz del problema político que detecta está mucho más allá que en la dictadura de una corporación que —está bien visto— alcanza caracteres de internacionalismo que nada tiene que envidiar a cualquiera otra formación social o económica. El problema se plantea de modo análogo a si definiéramos el franquismo como la dictadura de ese sujeto que fue la persona de Francisco Franco. Claro es que Franco era "el" dictador. Pero es sobremanera dudoso que, si la cuestión se plantea con suficiente rigor, se pudiese hablar justamente de "la dictadura de Franco" (salvo en el lenguaje coloquial o para titular capítulos de Historia). Franco era el dictador de una dictadura que excedía y rebosaba, por todos los lados, la persona misma de Franco. Franco era, fue, un excelente mediador, como en la dictadura de la sociedad-organización lo son, entre otros muchos, los profesionales, algunos, no todos los profesionales.

Pero tampoco se puede situar, salvo en una abstracción, aquí las fuerzas políticas, allí las mediaciones de que las primeras se valen. También las mediaciones son política (repetámoslo: política es todo). Los profesionales —sí es que estoy

en lo cierto— son mediadores de la política que con ellos se ejerce, lo que no se contradice con el hecho de que ellos mismos asuman una política. Al fin y a la postre, no hay diferencia entre profesional y tecnócrata, cuando menos notoria, y con este último ocurre igual: los políticos se valen de los tecnócratas, que a su vez asumen la política de aquéllos, e imponen el instrumento de su propia política. Pero, ¿es que acaso los políticos son, por así decirlo, los últimos decididores de la política? ¿No son ellos, asimismo, mediadores a los que se les consiente el gratificante "rol" de protagonistas?

No trato con esto de eximir a los profesionales de la responsabilidad de su parte en el todo de una determinada política. Pero me parece imprescindible denunciar el maniqueísmo simplista y reductivo que sitúa ilusoriamente el problema fundamental en un punto concreto, como si desde allí se irradiase hasta impregnar esa organización compleja que es nuestro sistema social. Y, hecho así, reducir el tratamiento del problema global al tratamiento del punto en que ahora artificialmente se coloca: ¡Abajo el profesionalismo! No hay una dictadura de los profesionales, sino dictadura que usa de ellos, como si esto fuera más decoroso que la dictadura que usa de toda la gama del

aparato policial. De una dictadura de la opresión burda a la de la opresión a través de mediadores más alambicados —profesionales, técnicos, investigadores—, hay la distancia que separa el infradesarrollo de una sociedad altamente desarrollada en la producción. Todo depende, pues, del momento histórico del desarrollo económico de una formación social. Y la más evolucionada también precisa de sus propios mitos. En una sociedad compleja, en pleno goce del consumismo y del "bienestar", mitos tales como, por ejemplo, el del caudillaje, no tienen viabilidad alguna, salvo para el humor. Pero el gran mito de la sociedad-organización no es ninguno de los cinco que enumera Iván Illich, sino este otro: hacer que los propios componentes de la organización social, los ciudadanos todos, adquieran la ilusión de protagonismo en la dinámica política misma de su "ciudad". El norteamericano medio, que "elige" a sus representantes y finalmente a su presidente, cree que, aunque a nivel molecular, tiene evidente parte en la política de su propio país. Haberles hecho asumir la ilusoria percepción de protagonismo es el éxito mayor de un sistema que cuenta con la auto-satisfacción de cada uno de sus miembros, y de aquí el profundo conservadurismo de la sociedad neocapitalista.

Por último, y volviendo sobre aspectos concretos del trabajo de Illich, me pregunto: ¿Sobre qué fundamenta su optimismo de que los políticos que prometen más aulas y más clínicas tienen sus días contados? ¿No confunde aquí deseo con realidad? Y finalmente, he aquí la voluntarista —en el fondo, omnipotente— formulación terapéutica de Iván Illich: "Las ventajas de una austeridad voluntariamente elegida"... etcétera (último párrafo). ¿Podría decirnos dónde y cuánto una sociedad cualquiera se ha dispuesto a proseguir el camino opuesto a sus intereses merced a decisiones éticas voluntarias y sobre la base de las denuncias mesiánicas de sus iluminados? "Lo que pueden conseguir unos hombres libres"...: he aquí otra fórmula trivial, vacua, a la que tan proclive resulta Iván Illich. ¿Dónde están esos hombres libres? Al decidirse a actuar, ¿no asumirían a su vez, forzadamente, un rango organizativo que les retrotraería de nuevo desde la libertad inicial a la organización opresiva, es decir, a la política? ¿Sería necesariamente esa política, decidida por unos hombres, la política de la libertad de todos? ¿No implicaría el que todos habrían de aceptar, una vez más, la "libertad" postulada por esos unos, que pretenciosamente califica de "hombres libres"? ■